

AZCONA CRANWELL, ELIZABETH

BALADA DEL SUBSUELO

Ya diluvió la vida muchas veces
la piel como ceniza de otro mundo
insolencia de lluvia que enmudece más lejos
que la avidez terrestre.
Y los blues tan nocturnos
en los atardeceres de Chicago
si un domingo desierto te amenazan
los rascacielos de soledad y ruina?
El lago se ponía como gris
para conversaciones en que nada es la nada
donde nada resiste este andar afiebrado
por Wallace Street, el market y las noches.

La voz negra, mendiga, que transforma en
sustancia de olvido
el saxo solo de la calle East River
y en Harlem hay quien trueca su color y su miedo
por una borrachera de marino
violácea como junio.

Por qué la madrugada se decide en el sur
y hay un tono de sur en la mirada
si el azul es color
apenas porque el gris le fue distante?

Si, Vietnam, sí raza perseguida
con el no suplicante al fondo de la voz
sí alineación de barro clausurada
por la avidez alerta y el acecho.
Cuando el alma y la tierra se equivocan
repetimos preguntas en un codo del río
- la luz es como un río si se muere temprano-

¿Cuál es tu reino, tu día, tu poema
como un acre rocío de palabras?

Oh desterrada, te has perdido en el filo de tu oficio
sobre la niebla baja en la mirada de tu amante.

¿Qué es esta visión de fuego
que pulveriza a un ángel en terrazas de plomo
si Sutton Place bosteza su cobre luminoso?

Es el viento asesino
las mariposas como estrellas muertas
en aquel parabrisas que vuela hacia Vermont
son un error del sol en añicos suspensos
y Vietnam y Vietnam en la sombra,
opacidad de polvo, centella subterránea.
Pero soy yo, mi vida y esta llama minúscula de amor
confiada a cierto hablar de permanencia.

Todas las cosas tiemblan cuando aprenden el ritmo
de la luz
un pájaro ha temblado
sus sueños se han vuelto peligrosos
de tanto invierno nuevo.
Mi amante con sus ojos que recuerdan el Caspio
me habla de cosas como el sol, las lilas
una calle se duerme innominada
en su idioma de azul extranjería.
Las mariposas duermen en el viaje a Vermont
tal vez alguna supo que una flor le era única
y que al tocarla estaba el infinito.
Hay una sola piel que duele entre fuego y resina
se sigue la liturgia del jazz en pasos extraviados
que juntan Market Street, el baldío y el cielo
y esa venta del alma por una bocanada de calor
caprichoso.

Y ya hemos madurado
sabemos de la mesa solitaria aunque el amor tan nuevo
se rebele
decir que allá en Vietnam las noches tienen espalda
de neblina

decir, ah si, decir que el aullido guarda color de tierra
en sus orígenes
decirse forastero con colores de pozo en el silencio
y saber que la tierra nos resguarda con un poco de
noche.

Después, nos beberemos cada uno el amor que nos toca

alguna flor quizá nos acompañe
la tierra nos dirá que ya es bastante
algunas noches juntos para llevarse auestas por
la herida.

-Pero Vietnam y Wall Street y el tiempo que nos une
y el único destino fantasma entre dos culpas-
No hablar de mariposas en un vidrio cualquiera
vale más la pisada perdida que un pájaro de invierno
en la ventana
que un combate de brasas en el atontado corazón.

Tu amante te ha traído su amor desde tan lejos
más lejos que Vietnam y que los muertos nuevos
en la sombra.
El cielo imaginado en leña vieja como el color de
infancia
no es más que este vacío cruzado por estrellas
psicodélicas
y este fuego que incendia sus raíces
sin una noche para sus designios.

Canta el color del aire respirado entre lisérgico y
abedules
ansioso por los dioses de otros mundos.

Nuestra unión, tan pequeña como el sol en la tarde
nuestro nombre extranjero en el fierro tan crudo
que dibujan los pájaros.
¿Es verdad que en Vietnam los cielos truenan otro
nombre en cenizas
es verdad que los niños lavan su sol en barro y en
gritos sin destino?

Mi amor sonrío sobre Broadway Street
y piensa en la montaña que amamos y en la risa.
El tiempo no se acerca al espacio
Vietnam aparte, tempestad y silencio.
Otro dolor nos cuenta la oscuridad caída
desde su cielo ajeno.
Los ojos del mar Caspio son la verdad ausente
y allí baja la niebla con su viaje desnudo.

El salmo del subsuelo disemina las voces
la mutación refleja de las cosas del mundo
yo sé que estoy aquí, que me pierdo, que amo.

CITA

La amazona de arcoiris y muerte se hundió de amor
en el lago sombrío.
Cada noche sin luna, su caballo remonta una viudez
de estrellas
para beber del agua que la abriga.
A Mina Gondler

Fuego hecho de candor, de pérdidas, de pesarle a la
noche del dolor, de ser pura desnudez entre
sobresaltos y caricias.

Es aquí la caída. Esto que se oye como lenguaje solo,
como única distancia.

Cortina que no deja mirar, que no deja decir, que
no deja creer que este fuego es reflejo, sustancia
inverosímil.

Algo arde también en aquel universo castigado donde
nada le pasa a nuestros gestos. Como un rojo
tabaco arde la rica hoguera sus luces de otro
mundo.

Y golpeo la lluvia, el silencio, el lamento.

Soy un fervor desprotegido que trata con el sol.
Conozco los sucesos del mar y el idioma que ocurre
entre sus aguas. Puedo vender el día de mi cuerpo
al sexo misterioso. Se me paga con una luz
precaria medida por el tiempo.

Elijo mis recuerdos al nivel de la gracia. Pasa si Dios
asiste y es memoria.

El fuego me supone y pretendo donarlo entre los
rostros huecos que preguntan cómo se puede dar
si no se tiene.
Es que este fuego ya no se propaga, se ha gastado a sí
mismo de tanto serse fuego. Y hay ese no saber,
la sombra que inmuniza.

Ya no puedo decirme, decirme es un amor que no
existe, una voz que es silencio, pero en llamas.

DE LOS OPUESTOS

No es el amor a veces dos seres que se aman
sino un modo del mundo
de conmover un equilibrio triste.

Expiamos el mito que nos sube a la cara
hasta volvernos ebrios de una inocencia vieja
certeza desnudez de la palabra.

Porque si atravesamos el espacio
como un error que crece en el único tiempo conocido
llegaremos muy pronto al final del amor
perderemos de golpe la región dominable
llameante de existencia.

Era nuestra fanática voluntad de acercarnos
de conocerlo todo antes de amar
y merodear entonces por las grandes caídas
las bellas ceremonias
y las noches sinuosas de inventar tanto encuentro.

Hay algo de este mundo
que ha quedado en nosotros para siempre
hemos hablado un nombre tantas veces que ya no
tiene peso
y mirado la mirada demente que vuelve sabio el
cuerpo.

Despertar a la sed bajo unos ojos
cuando cada sentido es capaz de la lluvia
la piel podía ver, las manos escuchar
la paciencia del ojo era infinita
para tocar la tierra hasta romperla.

Que dulce aplicación, qué terquedad de ola
de nudo irreverente que no corre el gran riesgo de
saberse.

Si nadie piensa nunca en domar a las flores

por qué limarlo todo, someterse a la ley que no se
entiende
ansiar que algunos gestos anticipen el reino
como siempre en tinieblas.

Es inútil cavar en el silencio.

Del amor concluido
sólo el lenguaje sobrevivirá.